



PREMIO IBEROAMERICANO DE POESIA PABLO NERUDA 2015

Discurso de agradecimiento de Augusto de Campos

Señora Presidenta de la República

Señor Ministro de la Cultura de Chile y miembros del Jurado

Señor Ministro de la Cultura de Brasil

Señor Presidente de la Fundación Pablo Neruda

Amigos y parientes

Señoras y Señores

No fue fácil para mí recobrar me de la sorpresa de haber sido contemplado con este premio de poesía, que recibo con mucha humildad y gratitud. Porque jamás se me concedió, con la misma amplitud, una distinción por la obra poética considerada en su conjunto y, además, en el ámbito de América Latina. No se trata de conferir a los premios, que, por si solos, en la relatividad de los juicios humanos, no garantizan la calidad o la grandeza de una obra, pero sí de verificar que el esfuerzo de una labor poética, cuando el reconocimiento proviene de segmentos culturales distantes de los envueltos directamente con la obra de un escritor, puede tal vez legitimar sus tentativas y proyectos bajo una perspectiva que, muchas veces, hace falta a los que están más cerca. Y quien sabe sea un consuelo para la vejez de un sobreviviente de batallas literarias ese reconocimiento imprevisto que viene de afuera y no de adentro.

Cuando, con veinte y pocos años, lancé, con mis compañeros de viaje artístico, el movimiento de poesía concreta, en el Museo de Arte Moderna de São Paulo, a mediados de los años 50, la reacción de la crítica y de la “intelligenza” brasileña fue

extraordinariamente negativa. Decían que habíamos llevado la poesía a un “callejón sin salida”, que queríamos acabar con la poesía, como se proclamó en las primeras páginas de los periódicos. Un arco intelectual de negación se cerró alrededor de nuestros nombres.

Solo el viejo poeta, Manuel Bandeira, el llamado San Juan Bautista de la poesía moderna brasileña, hirió la nota discordante para apoyar los jóvenes poetas.

Pero toda esa negación no nos atemorizó. Teníamos consciencia de que no nos burlábamos ni de la poesía ni del público. Buscábamos recobrar para la poesía aquello que está en su propia naturaleza: libertad, transformación permanente. Y al público no lo queríamos ofender sino, en contra su propia voluntad, restringida por las convenciones, re-sensibilizarlo para esta lección de independencia que se llama poesía. Y en cuanto a callejones sin salida, nuestro lema podía ser el de Antonio Machado: “Caminante no hay camino, se hace camino al andar”.

Es posible que en Chile haya pasado algo semejante, del punto de vista de las transformaciones culturales de nuestro tiempo. Lo puedo apenas imaginar, cuando me doy cuenta de que en 1954 Nicanor Parra, a quien saludo por sus recientes ciento y un años, publicaba sus primeros “antipoemas”; yo, en la misma época, llamaba los míos de “poetamenos”, o sea, un poeta con una señal de menos, con análogo sentido. Por diferentes que fueran nuestras propuestas había allá un común deseo de libertarse de los grilletes de la poesía convencional. Pienso que ese es uno de los principales valores éticos de los poetas. Sobre la misión de la poesía no faltan definiciones, ninguna suficiente y definitiva. “Inventar mundos nuevos”, dijo Vicente Huidobro, en su *Arte Poética*. Dijo lo mismo, con otras palabras, Vladimir Maiakovski: “La poesía—toda—es un viaje a lo desconocido”. “Gratuita y clandestina”, la clasificó el poeta brasileño Décio Pignatari, para quien el poeta es “un designer del lenguaje”, más que un encantador de audiencias. Aparentemente alienada, a veces despreciada por el público, la poesía resiste. Sus libros se divulgan en pequeños tirajes, pero, con una fuerza de guerrilla, ella reaparece en todas partes y por todas las rendijas, y ahora, en el mundo de la tecnología y de la informática, en sitios webs, blogs, camisetas, tatuajes, cuerpos y ... hasta en los propios libros. Hay que recibirla, preservarla y más que nada difundirla. Un pueblo que desprecia su

literatura y sus poetas tiende a atrofiarse intelectualmente, dijo Ezra Pound, para quien la poesía es lenguaje cargado de significado hasta el máximo de sus potencialidades.

El reconocimiento de una premiación para la poesía tiene un significado más alto que la satisfacción personal de quien la recibe. Tengo plena consciencia de la relatividad de mis méritos. Creo con Bernardo Soares (el semi-heterónimo del gran poeta portugués Fernando Pessoa) que no hay obra de artista que no pudiera haber sido más perfecta y que el mejor poema tiene pocas líneas que no pudieran haber sido mejores. Pero si una premiación puede estimular el gusto por la poesía solo me resta aceptarla con humildad, y esperar que sirva al objetivo de realzar su dignidad e importancia. En este caso, hay aún algo más. Pienso no estar engañado cuando me pongo a reflexionar sobre las dificultades del intercambio cultural que se interponen entre nuestras culturas. Y que comienzan por nuestros diferentes idiomas. El portugués hablado en Brasil tiende inevitablemente a aislarlo en el concierto hispano-parlante de América Latina. Pero son dificultades aparentes y que pesan más de lo que debieran pesar. En verdad, nuestros idiomas son como los tonos armónicos superiores de las notas musicales. Nosotros somos provenientes del mismo tronco neolatino, y del ramo más cercano del idioma originario. **NO SOMOS MUTUAMENTE INCOMPREENSIBLES. NÃO SOMOS MUTUAMENTE INCOMPREENSÍVEIS.** Lo que falta para que nos acerquemos más culturalmente es una fuerte voluntad política que asocie un mínimo aprendizaje de las variantes lingüísticas a una distribución más fácil y eficiente de los libros de ambas partes. En Brasil, en mi generación, la de los años 50, la enseñanza del español era obligatoria. Leí el Quijote a los 15 o 16 años. Las primeras lecturas de Kafka y de los psicólogos de la Gestalt, de poetas como García Lorca, Pablo Neruda y Vicente Huidobro, las hice cuando tenía poco más de veinte años. De Huidobro traduje y publiqué, aún en los años 1950, un texto desconocido en Brasil, que era parte de su gran poema Altazor, y que así empezaba, extrapolando e interpolando las palabras: “al horitaña de la montazonte / la violondrina y el goloncelo.” Su poesía libertaria conseguía transmitirnos la epifanía luminosa del paisaje, con el choque casi simultáneo de las palabras horizonte, montaña, golondrina, violoncelo. Más tarde yo la asocié a la poesía de otro audaz visionario y constructor de palabras, el argentino Oliverio Girondo, en un texto que llamé “el anti-boom de la

poesía”. El barroco español, con las magnas figuras de Góngora y Quevedo, que la generación de Lorca resucitó del olvido, fue otra de las muchas impregnaciones literarias que he asimilado durante el transcurso de mi trabajo. Han tenido así una enorme influencia sobre ello la literatura y la cultura de lengua hispánica.

El gran poeta brasileño Joaquim de Sousândrade, redescubierto por los poetas concretos, es el autor de un extraordinario poema épico, *El Guesa*, escrito entre 1874 y 1884. La palabra "Guesa" significa, “errante”, o “sin hogar”, en el idioma original de los “Muisca”, antiguo pueblo indígena del altiplano central de Colombia, encontrado en el siglo XVI en la época de la conquista. Designa una figura legendaria. El Guesa era un niño secuestrado y preparado para la peregrinación y el sacrificio en homenaje a Bochica, dios del sol. Después de un largo viaje a través del ritual "Camino de Suna," que había sido pisado por el dios, era sacrificado a los quince años de edad; atado a una columna en una plaza circular, asesinado por las flechas de los sacerdotes, tenía su sangre recogida en los vasos sagrados y el corazón ofrecido a Bochica. En la “persona” del Guesa, figurado en un nuevo Childe Harold viajero, Sousândrade hace una larga peregrinación por los países de América Latina, en especial los de la región andina. Viviendo en el Brasil imperial, aboga por el modelo político republicano, que combina utópicamente al sistema comunitario de los Incas. El viaje termina en los Estados Unidos de América y en Nueva York, donde el poeta-guesa peregrino es sacrificado en Wall Street, entre los pregones de la Bolsa. Se estaba en el período del desarrollo de la primera revolución industrial, a fines del siglo XIX, cuyas contradicciones el poeta supo detectar con una aguda anticipación de los problemas sociales y civilizatorios que aún hoy nos afligen y atormentan en la búsqueda de un mundo mejor y más igualitario. Pero lo que es más importante para la poesía es que Sousândrade no lo hizo de forma panfletaria o convencional, sino haciendo uso de un lenguaje premonitorio, en el cual asoman inéditas construcciones sintácticas y neologismos sorprendentes, y también, en sus momentos epigramáticos y satíricos, los más novedosos del texto, ensamblajes o collages calidoscópicos extraídos y sintetizados del noticiario periodístico neoyorquino. Un poema innovador y crítico, que no puedo resumir en pocas palabras, pero que tiene, en sus proporciones, un intento análogo al de *Canto General* de Pablo Neruda. En *El Guesa* se

encuentran páginas de extrema belleza sobre el paisaje y la cultura andina. A los Andes Sousándrade llega a llamarlos su “nueva Patria”, y al Chile, que ha visitado personalmente en 1878, se refiere, en su Canto XII, con elevado aprecio, invocando las figuras de los héroes de la independencia chilena, O' Higgins, San Martín, Salas, Carrera, Freire, cuyas inscripciones el Guesa peregrino lee caminando por la Alameda de Santiago. Son extraordinariamente significativos los pasajes sobre Atacama, “el desierto asombroso de Atacama”, “donde a la noche meteoros relampaguean”, “fascinación nocturna, cielo-luz”, en las palabras de Sousándrade. El Atacama, donde en nuestros días el poeta Raúl Zurita hizo gravar, en un geoglifo, las macro-letras de su frase-poema “Ni Pena ni Miedo”. No puedo dejar de invocar el autor de El Guesa, cuando visito por primera vez Santiago, como un signo de convergencia y solidaridad poéticas.

Que este premio sirva para estimular un mayor intercambio cultural entre nuestros países me da una esperanza y una recompensa mayores que cualquier sentimiento personal. Nosotros tenemos mucho en común. Nuestros países tienen una historia similar de lucha por la democracia y en contra los horrores de dictaduras, siendo coincidentemente las presidentas de Brasil y de Chile testimonios y víctimas victoriosas de regímenes autoritarios, insensibles e insensatos, para los cuales, como la historia nos muestra, los poetas no pasan indiferentes, antes “son siempre culpables”, en la expresión del poeta brasileño Oswald de Andrade. Que la poesía, con su ejemplo de aventura y de defensa de la libertad, agraciada por mi nombre pasajero, pueda contribuir alegóricamente para alejar los obscurantismos y autoritarismos que aún rondan la América de todos. Que nos abracen los armónicos de nuestros idiomas y que podamos, a través de la poesía, interesarnos mutuamente y estrechar nuestros lazos de amistad y de concordia.

La herencia del pasado no está ahí para ser meramente coleccionada y archivada — y esto lo pone en evidencia la evolución de formas de la poesía. Esta permanece viva para que sobre ella reflexionemos y a su imagen tratemos de inventar nuevos caminos que perfeccionen, amplíen y sensibilicen nuestras vidas, sin que nos intimidemos ante el

voceo altisonante del dogma y de la convención, que no deben retrasar nuestro deseo de mejor convivencia y dignidad.